

Entrevista

El conocimiento y la investigación histórica en El Salvador

Entrevista con Sajid Herrera

Marchelly Funes y Silvia Gutiérrez*

“Hay diversas formas de interpretar en un país la actividad histórica”, dice Sajid Herrera, catedrático e investigador del Departamento de Filosofía de la UCA, y autor, entre otros trabajos, de “La educación de primeras letras en el San Salvador y Sonsonate borbónicos, 1750-1808”. Miembro de la Academia Española de Historia desde el año 2000 y Doctor en Historia de América por la Universidad Pablo de Olavide (España), Herrera explica, en la siguiente entrevista, la importancia de la historia y del conocimiento histórico en El Salvador. Además, comenta algunos de los problemas, tareas pendientes y papel de los historiadores en la sociedad.

¿Qué se entiende por conocimiento histórico y por investigación histórica? ¿Cómo se ha concretado la investigación histórica en el país?

En la actualidad, hay diversas formas de interpretar la actividad histórica en el país, que van desde las formas oficiales hasta las populares. La historia oficial es la que ha tenido mucha presencia por el impacto de los medios de comunicación o por el mismo sistema educativo nacional. En ella, además de mostrarnos la versión del más fuerte, los otros, es decir, la ciudadanía, los distintos actores sociales y políticos, o son invisibles o son simples espectadores del curso de los acontecimientos. Acontecimientos que son llevados a cabo por los grandes personajes o héroes míticos nacionales. Por su lado, los relatos se convertirían en formas populares que transmiten registros del pasado. Muchas de ellas pueden estar tamizadas por las historias oficiales.

Hoy en día va tomando una posición bastante notoria la historia académica, revitalizando así una rica discusión sobre temas políticos, económicos y sociales. El Salvador era el único país centroamericano que no tenía carrera de Historia desde hacía muchas décadas hasta la creación de las licenciaturas en Historia, a inicios de esta centuria, en las universidades Tecnológica y de El Salvador. Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Guatemala, por su parte, y cada uno en distintos niveles, han logrado una tradición historiográfica bastante importante que se evidencia en las producciones e investigaciones. El país, en cambio, todavía

* Analistas del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI), UCA.

está rezagado. El lugar que ocupan la historia positivista y la oficial sigue siendo importante. Una historia que se ha ocupado de héroes tales como José Matías Delgado, Gerardo Barrios, Francisco Menéndez, Tomás Regalado, Maximiliano Hernández Martínez, etcétera, sin contar con el análisis del contexto en el que estos individuos estuvieron inmersos.

Sin embargo, con la interpretación académica se ha logrado una comprensión distinta no solo de la historia misma, sino también del enfrentamiento que debe tener el historiador con las fuentes. Francisco Gavidia, en su momento, a finales del siglo XIX y principios del XX, utilizó fuentes primarias para hacer historia; lo mismo hizo Miguel Ángel García en sus estudios. Pero una cosa es utilizar fuentes primarias: manuscritos, impresos, fuentes periodísticas, orales, etc., como mera acumulación de datos, y otra es hacer de ellas un instrumento de análisis en el cual sean criticadas a partir del supuesto de que ellas no lo dicen todo o están condicionadas por una variedad de factores. Si bien es cierto que la fuente primaria nos da una información relevante para la investigación histórica, no por eso debemos tener una actitud acrítica hacia ella; no debemos creer todo lo que nos dice, porque obviamente la fuente primaria escrita, no escrita, colonial, republicana o del siglo XX siempre ha pasado por un tamiz, por la perspectiva de las subjetividades y circunstancias. En ese sentido, el historiador deberá contrastarla con otras fuentes. Eso es lo que aporta la visión académica. Hacer historia de manera académica no significa reducir el quehacer histórico a mero diálogo de café, a academicismo. Más bien se trata de incidir a través de la investigación en los procesos sociales y políticos del país para que no estemos condenados a repetir los mismos errores del pasado.

Volviendo al punto inicial, hay varias formas, entonces, de entender la historia en el país. En primer lugar, está la historia oficial, narrada principalmente desde los centros de poder; la historia positivista, que ha reducido al pasado a un recuento acumulativo de hechos, datos y hazañas sin ningún análisis; la historia popular; las historias de resistencia,

que nacieron para enfrentarse a las versiones oficiales y a la académica. Las historias de resistencia, por darles un nombre, aunque no sé si sea el más feliz, fueron esencialmente críticas; entendieron el pasado desde una perspectiva marxista, tal como lo hicieron autores de la talla de Rafael Menjivar y Roque Dalton. Si se revisa el libro *El Salvador. Monografía*, Dalton muchas veces cae en una historia positivista, se queda mucho en los hechos, pero también hay una crítica al modo de entender oficialmente el pasado.

El libro de Dalton es un buen ejemplo de cómo entender la historia salvadoreña desde una perspectiva dialéctica, de lucha de clases, de resaltar el papel de los grupos subalternos, indígenas, campesinos, obreros; grupos que en la historia oficial y positivista quedan en segundo plano o invisibilizados. Tarea en la cual puede ubicarse a investigadores extranjeros como Thomas Anderson y Alastair White, entre otros, aunque ellos procedían de la academia estadounidense.

¿Desde cuándo cobra importancia la historia como disciplina académica en El Salvador?

Para que la historia académica haya venido cimentándose en el país ocurrieron dos cosas. Primero, la salida de algunos profesores a Estados Unidos y a Europa con el objetivo de realizar estudios de postgrado. Ello contribuyó a que en El Salvador en los años setenta, ochenta y noventa se comenzara a elaborar investigación histórica de manera distinta. Hay una nueva perspectiva porque estos académicos aprehenden las tradiciones historiográficas que se están discutiendo en el extranjero. La compenetración con esas discusiones les permite entender el pasado salvadoreño desde una perspectiva distinta, y desde ahí comienza una historia académica renovada en el país, al menos en el siglo XX. Por ejemplo, Héctor Lindo, con su tesis sobre la economía en El Salvador en el siglo XIX, marcó un hito en la forma de entender los procesos económicos en el país durante la centuria decimonónica, las formas laborales, la educación y la formación

del Estado. O el caso de Rodolfo Cardenal y la interpretación que hace de la historia del poder de la Iglesia en el siglo XIX y en las primeras tres décadas del XX. Cardenal intentó entender la relación Iglesia-Estado en un proceso de secularización y modernización creciente.

El segundo momento estaría marcado por la creación de las dos escuelas de Historia en el país. Primero, la escuela de la Universidad Tecnológica, que solo graduó una promoción y fue cerrada; y, en segundo lugar, la escuela de Historia de la Universidad de El Salvador, que aún continúa activa. Ambas no solo han contribuido con la formación de muchos jóvenes historiadores, sino a la construcción de un círculo de académicos que están interpretando, cada uno desde sus investigaciones personales, la historia del país. De hecho, la comunidad de reflexión histórica había sido anterior con el Seminario Permanente de Investigaciones Históricas que funcionó durante algunos años en el Archivo General de la Nación. Comunidad que supo crear un espacio de diálogo e intercambio muy fructífero.

¿Cuál es la agenda pendiente de la investigación histórica?

Se puede hablar de agendas colectivas, nacionales y personales; cada historiador tendrá su propia agenda, sus propias líneas de investigación: lo que considera importante no solo como investigador, sino desde y para el lugar en donde trabaja, o desde y para el país mismo. Luego, las agendas colectivas, las agendas de las escuelas de Historia, que giran sobre temas muy específicos. Pero también hay una agenda nacional: lo que El Salvador demanda que se investigue. Es algo así como una exigencia moral. Y ésta la tenemos pendiente. Ahora bien, las tres son importantes porque al hablar solo de una agenda nacional estaríamos coartando los intereses particulares de cada investigador.

¿Cuál debería de ser el aporte de estas tres agendas para la sociedad salvadoreña?

Pedirle un aporte inmediatamente práctico a la historia sería como pedirle peras al olmo; la disciplina histórica, como otras disciplinas humanistas o de las ciencias sociales, no tiene una incidencia práctica inmediata. Puede ser que en la mayoría de los casos su influencia se quede únicamente en el ámbito de la discusión académica; sin embargo, ya ese es un buen paso logrado. ¿En qué sentido? No por el hecho de quedarse en el ámbito académico las investigaciones históricas pierden relevancia para la sociedad, porque estos análisis pueden ser utilizados luego por estudios multidisciplinarios, o pueden ser retomados por agencias gubernamentales, ONG, etc. Por ejemplo, Flasco y otras instituciones publicaron hace poco el denominado mapa de la pobreza del país; cada año, el PNUD realiza su investigación sobre el desarrollo

humano. Estudios como estos demandarían del análisis histórico, pues debemos entender que el problema de la pobreza no es un fenómeno reciente.

Resulta imprescindible el rastreo del pasado para no analizar aspectos como el desarrollo humano desde una óptica inmediatista o coyuntural. Ese rastreo ayudaría de alguna forma a entenderlo estructuralmente, pues permitiría ver sus continuidades y rupturas, las variaciones de los discursos a su favor, las medidas adoptadas anteriormente para su fortalecimiento, y hacernos las preguntas ¿siguen siendo válidas ahora?, ¿hasta qué punto se siguen ensayando soluciones a problemas que ya se habían realizado antes y que no tuvieron ningún efecto?, ¿se sigue invirtiendo tiempo y dinero en instituciones que al final no darán ninguna solución? En ese sentido, la investigación histórica estaría dando un aporte, si se quiere, práctico.

Nadie se pregunta qué puede decir la historia respecto a la violencia o la migración. En gran medida, la culpa la ha tenido la forma de hacer historia en este país.

Dentro de la agenda nacional, ¿qué papel debería de jugar la historia o la investigación histórica?

La historia debería estar muy vinculada al presente, sin caer tampoco en el presentismo o el coyunturalismo, ya que estos dos fenómenos, hasta cierto punto, podrían desvirtuar el quehacer histórico. Sin embargo, la agenda nacional debería responder a muchos de los problemas sociales por los que atraviesa el país: la migración, la violencia, el régimen de partidos políticos, la economía, la pobreza y el desarrollo social; es decir, la agenda nacional se vuelve una agenda bastante amplia de temas y de tópicos a tocar. Uno puede decir “pero de esos fenómenos da cuenta la jurisprudencia, la sociología, la economía, la psicología social, entre otras disciplinas; son ellas las que tendrían más autoridad para hablar de ellos”. Pero nadie se pregunta qué puede decir la historia respecto a la violencia o la migración. En gran medida, la culpa la ha tenido la forma de hacer historia en este país. Se ha creído que únicamente le interesan a este saber hazañas de héroes nacionales, sus biografías y la memorización estéril de datos, fechas y lugares.

En esos dos temas específicos, la migración y la violencia, la historia tendría mucho que decir, tendría mucho que aportar para dar pistas; por ejemplo, el saber histórico puede y debe preguntarse por las transformaciones temporales y espaciales de la violencia no solo en el siglo XX o en un período de él, sino en los siglos anteriores. ¿Por qué, desde cuándo y en qué medida los habitantes de este territorio han utilizado mecanismos de fuerza para solucionar sus problemas o imponer sus voluntades? La historia permitiría introducir nuevos elementos para ampliar el debate, para ampliar la discusión y mejorar el entendimiento de estos problemas nacionales.

Las revisiones sobre el pasado son igualmente válidas y necesarias para la disciplina que se ocupa del pasado mismo. Sin embargo, no es una preocupación por lo pretérito lo que guiará esta reflexión, sino la preocupación por el presente.

Dicho lo anterior, ¿cuál debería de ser el papel del historiador?

El de interrogar al pasado y el dejarse interrogar por él. Pero también en El Salvador haría falta hacer una metahistoria; no solo realizar historia política, económica o cultural, sino además una reflexión sobre la disciplina misma, un análisis introspectivo. Una autorreflexión. A la historia académica, por ser una disciplina relativamente nueva en el país, le compete, y la sociedad lo demanda. Más allá del análisis de los problemas del pasado, se trata de ver cuáles son los enfoques que debemos tomar en cuenta para realizar la mirada al pasado, cuáles deben ser los marcos teóricos, cuáles son los grandes problemas que nos están marcando, y a partir de ahí podríamos ir enlazando el pasado con el presente.

¿Qué tipos de investigación histórica se han hecho en el país?

Los tipos de investigación histórica elaborados en el país han partido de las concepciones de historia que he mencionado al inicio. En la actualidad, hay instituciones, como el Museo de la Palabra y la Imagen, que han realizado esfuerzos para hacer investigación no necesariamente escrita, sino de carácter visual. Esta forma interesante de hacer historia se ha basado en fuentes orales, es decir, en la entrevista. Lo importante de las fuentes orales, con todo lo problemático que ellas entrañan, como sucede igualmente con las fuentes escritas, es que han permitido un mayor acercamiento a las voces de los invisibilizados: campesinos, indígenas, mujeres, ancianos, etc.

¿Qué implica que la historia de El Salvador tenga un enfoque crítico?

Alguien que está inmerso en la investigación histórica debe tener presentes algunos elementos. Primero, el uso de fuentes; segundo, el

distanciamiento con ellas; tercero, la interpretación; cuarto, buscar un buen marco teórico, apoyarse con bibliografía, estar al tanto de los debates historiográficos, de modelos historiográficos y de los debates de otras disciplinas de las ciencias sociales: sociología, ciencias políticas, economía, para tener armas teóricas y poder interpretar el documento.

La investigación histórica requerirá el tratamiento de fuentes. La fotografía y aquellos que vivieron experiencias pasadas que estamos interesados en investigar se convierten en fuentes indispensables, al igual que los archivos eclesiásticos, municipales, nacionales, judiciales o del Ministerio de Relaciones Exteriores. Las fuentes son para los historiadores una especie de obsesión. Así como el filósofo no puede hacer filosofía sin una reflexión, el historiador muy difícilmente hará historia crítica sin un enfrentamiento con la fuente. Es la manera de interrogar al pasado y, por otro lado, dejarse interrogar por él.

El tratamiento de las fuentes debe ser crítico. Ello significará una selección rigurosa de las mismas, una selección previa de los archivos, de los centros documentales donde se quiere trabajar. Pero también significará un distanciamiento con la fuente. El historiador debe tener un distanciamiento crítico con la fuente al grado que le permita gozar de autonomía y de ese modo poder contrastarla con otras narrativas de la época, incluso anteriores o posteriores a ella. Por ejemplo, sin un distanciamiento crítico con el *Diario Oficial* como fuente primaria terminaríamos adoptando como totalmente válido el discurso gubernamental de una época determinada. Si en el siglo XIX el discurso oficial decía que en El Salvador todos los municipios contaban con sus escuelas públicas, se vuelve necesario contrastar ese discurso, esa información oficial con otras fuentes previas o posteriores.

La criticidad es sinónimo de distanciamiento, de escepticismo metodológico. Cada quien hablará desde una perspectiva o circunstancia peculiar. Sin embargo, el investigador-historiador deberá confrontar, deberá visualizar otras perspectivas de análisis que también se dieron

en el período de estudio. La interpretación de la fuente es muy importante. Si la fuente no se interpreta, se reduce a mero hecho y la investigación queda como mera recopilación de datos. El *Diccionario histórico enciclopédico de la República de El Salvador*, de Miguel Ángel García, no tuvo, por supuesto, esta perspectiva de interpretación de las fuentes. Igual la obra de Francisco Monterrey. El *Diccionario* de García comprende cerca de treinta tomos que recopilan cuanto documento estaba referido a El Salvador, desde la Colonia hasta la época de redacción del *Diccionario*. Estas recopilaciones son importantes porque hicieron una sistematización de la información que resulta fundamental para los investigadores. A pesar de su importancia, el trabajo histórico no se debe reducir a eso.

La historia es algo más que recolección de información, es discusión teórica sobre hechos del pasado, ese es el papel del historiador; de lo contrario se cae en la mera anécdota. Hay que decirlo: en cada septiembre, cuando los programas de televisión invitan a los historiadores a que hablen sobre la Independencia es porque desgraciadamente se tiene la imagen que la tarea del historiador consiste en transmitir al público las hazañas de héroes nacionales en forma anecdótica. Eso, entre otras cosas, ha llevado a los científicos sociales a creer que el saber histórico no puede entrar en un diálogo con sus disciplinas en torno a temas de relevancia nacional. Mientras en el país no se vea la importancia de la historia se le seguirá entendiendo como un saber que habita en el cajón de los recuerdos.

Por otra parte, se deben buscar marcos teóricos. Hacer historia política, de las ideas, jurídica, económica, etc., implicará dialogar con las tradiciones sociológicas o de la politología, por citar dos ejemplos; implicará entenderse con las ciencias sociales y humanas en general, buena bibliografía que permita tratar e interpretar adecuadamente las fuentes. También se hace necesario un saber histórico comprometido con la realidad del país. Ha habido debates al interior de la disciplina filosófica, en la literatura o en las ciencias políticas sobre su compromiso con el país. Pero

hace falta al interior de la disciplina histórica un debate más intenso y fructífero al respecto. Quizás habría que preguntarse con quién ha estado comprometido el saber histórico en las generaciones anteriores. Las revisiones sobre el pasado son igualmente válidas y necesarias para la disciplina que se ocupa del pasado mismo. Sin embargo, no es una preocupación por lo pretérito lo que guiará esta reflexión, sino la preocupación por el presente.

Hablábamos de grandes formas de entender la historia. En ese sentido, ¿qué diferencias marcan a cada una de estas formas de entender o de hacer historia?

Aunque la historia académica comparte el carácter de criticidad con la historia de resistencia, hay entre ellas diferencias. Si ambas apuestan por la interpretación en lugar de la contemplación de los hechos o de la recolección de datos, la primera no tiene por qué utilizar necesariamente la interpretación marxista. Entonces, los enfoques interpretativos cambian. Y están abiertos a una serie de tradiciones historiográficas: Escuela de los Annales, Nueva Historia Cultural, etc.

Por otro lado, la historia académica tampoco debe atenerse a lo económico como el momento determinante por excelencia, tal como lo manifiesta la historia de resistencias. Para esta última el énfasis está en la estructura económica como factor determinante de todas las posibilidades históricas del país; la estructura económica es el factor movilizador de las masas para alzarse contra un régimen político en un momento específico. La historia académica crítica, que es a la que debemos apuntar, no debe manejar esa visión de la estructura económica, es decir, entendiéndola como la instancia única de movilidad de los actores sociales, sino que debería tomar en cuenta una

pluralidad de instancias. Lo social, en determinados momentos históricos, también fue un factor desencadenador de luchas sociales, de construcciones institucionales; al igual que lo cultural y lo político. Deberá entonces considerar que estos ámbitos no se hallan separados y que en determinados momentos adquieren una especie de dominancia unos con respecto a los otros.

Ahora, las diferencias de esta historia académica con las otras son evidentes. La historia oficial no necesariamente será crítica; en todo caso utilizará la crítica frente a los argumentos en su contra. Lo que tratará la historia oficial será demostrar que es la perspectiva gubernamental, o la de un grupo en el poder, la válida. Su versión será la que se impondrá,

sus hechos son los que importarán, su relato es el que logrará tener un punto de dominancia sobre todos los demás relatos, su voz es la que tendrá poder por encima de las otras voces. En cambio, la historia académica deberá rehuir a la perspectiva de imposición de una sola voz, sobre todo si es la de la

historia oficial. Frente a la historia positivista-anecdótica, la historia académica deberá analizar las construcciones que aquella hace de una serie de mártires, próceres, héroes, como un fenómeno cotidiano utilizado por los intelectuales desde el siglo XIX para fundamentar a los Estados-nación. Deberá discutir hasta qué punto esas construcciones nacionales han reforzado y continúan reforzando el poder y la dominación de unos sobre otros. Si bien las versiones positivistas y liberales contribuyeron en su momento a la cohesión nacional con sus narrativas, la historia académica deberá preguntarse cuál fue el precio que se pagó para ello, quiénes quedaron excluidos de dicha cohesión y qué tipo de nacionalismo y nación se pretendió construir.

El mundo universitario no comparte unánimemente la idea de acoger en sus recintos a las Ciencias Sociales y Humanísticas. Historia, literatura, filosofía son saberes ausentes no solo como carreras, sino como formas de entender y afrontar la realidad.

¿Cuál ha sido, en el país, la forma de historia predominante en las últimas décadas?

La historia oficial y la positivista. En el nivel escolar, la materia de Historia ha tenido muchos avatares porque hubo momentos en los cuales se insertó de manera autónoma dentro de programas de estudio y luego desaparece para insertarse dentro del programa de Ciencias Sociales. De cualquier forma, durante mucho tiempo, ha predominado la historia oficial, la narrativa laudatoria y mítica de grandes héroes. Pero sobre todo, y tan grave como lo anterior, una visión memorística de la historia.

A pesar de lo anterior, hubo un gran recorte, un punto de inflexión muy fuerte con la creación de dos libros de texto para bachillerato que conocimos popularmente como el libro azul y el libro rojo: *Historia de El Salvador*, Tomos I y II. Aunque ya dejaron de utilizarse en el sistema educativo. Estos libros fueron elaborados por historiadores extranjeros y nacionales que proceden del mundo académico. Si los revisamos y comparamos con otros libros de estudios sociales utilizados en el sistema escolar, notamos una enorme diferencia: encontramos análisis de aplicación, múltiples versiones de los actores sociales que se pueden contrastar con los hechos. Encontramos la presencia no solo de líderes políticos, eclesiásticos e intelectuales, sino que también aparecen sectores que habían estado invisibilizados en la narrativa histórica tradicional, y esto marca un punto de inflexión. Se atiende al papel que juegan los campesinos, los indígenas, el papel de la mujer y la vida cotidiana, un aspecto muchas veces olvidado y que puede parecer irrelevante para muchos científicos sociales porque no atiende a las verdaderas estructuras de poder.

Está bien que se analicen las estructuras de poder, pero a la par de ellas también hay una historia de los individuos, de los actores sociales, de la gente común, que se lleva a cabo paralela y cotidianamente: su vida, pensamiento, costumbres, sus jornadas laborales, etc. Tan importante es la historia de las élites

como la de la gente común. Si atendemos a esta última, dándole el peso que se merece, nos llevaría a interpretaciones sobre aspectos sumamente relevantes: la pobreza, los ritmos de trabajo, las estrategias de negociación y lucha de los sectores trabajadores con sus patronos, la religiosidad popular y sus enfrentamientos con la religiosidad oficial, los roles desempeñados por las mujeres en este país y sus luchas reivindicativas, entre muchos aspectos. Esperaríamos que la configuración de los estudios sociales en este país tome en cuenta los nuevos enfoques historiográficos; esto implicaría y exigirá de parte de aquellos que hacen historia una participación más activa para que estas formas de leer el pasado sean reconocidas como aportes para aunar esfuerzos en la comprensión de nosotros mismos. De lo contrario, los estudios sociales seguirán siempre centrados en el caudillismo, las élites, los grandes héroes, olvidando otras facetas y procesos importantes.

Lastimosamente, el mundo universitario no comparte unánimemente la idea de acoger en sus recintos a las Ciencias Sociales y Humanísticas. Historia, literatura, filosofía son saberes ausentes no solo como carreras, sino como formas de entender y afrontar la realidad. El conocimiento de la historia nacional y regional debería de ser una especie de eje transversal. No se trata de abrir materias de historia. Al menos no necesariamente. De lo que se trata es de crear una sensibilidad y cultura históricas: ¿en qué espacio se encuentra cada cual, en qué tiempos vive y qué vectores temporales han forjado sus circunstancias? El profesional debe tener una especie de sensibilidad histórica; debe ubicarse en las coordenadas espaciales y temporales de su época. Si revisamos el pensamiento de los intelectuales que reflexionaron sobre la misión y la identidad de la universidad en nuestro país, nos daremos cuenta de que está muy presente la idea de la historicidad de lo humano como aspecto fundamental en la formación de profesionales. Para ellos, la universidad no debía convertirse en una fábrica de títulos ni en una especie de laboratorio productor de ciencia positiva, sino más bien en un caldo de cultivo humanístico;

ese caldo permitiría al futuro profesional adquirir una sensibilidad social e histórica.

¿Cuáles serían, en una apretada síntesis, los momentos históricos más importantes del país en el siglo XX?

Es muy difícil hacer una demarcación de la historia del país que sea universalmente aceptada; lo que podría es señalar algunos puntos de inflexión que me parecen relevantes, pero que deberán ser sometidos a discusión. Pues lo que resulta relevante para mí, probablemente no lo será para otro. Es más, en todo caso, la expresión "los momentos históricos más importantes" puede tener sus trampas porque puedo tomar, como lo haré en esta entrevista, por el tiempo y el espacio, los períodos que más conocemos, obviando otros procesos que están subterráneos, en parte porque no se han estudiado todavía lo suficiente. Procesos que no responden a cronologías convencionales y cuyos desarrollos se yuxtaponen o traslapan con otros acontecimientos anteriores y posteriores. Esas son las dificultades de hablar de "los momentos históricos más importantes".

En el siglo XX, el proceso de 1920 a 1932 es bastante importante. Muchas veces se ha querido ver aislado, pero lo que sucede en el 32, la masacre, la matanza, no se entiende si no se toman en cuenta los procesos fraguados décadas antes, como el agotamiento y crisis del proyecto de modernidad decimonónica, ni tampoco sus resultados posteriores. Desgraciadamente, "el 32", como se le conoce, y la guerra civil de los años ochenta son prácticamente los dos únicos momentos del siglo XX en el que aparecen en la escena socio-política narrada por los cientistas sociales, y entre ellos los historiadores, los indígenas, las mujeres, los campesinos y obreros. Creo que debemos revisar este punto por su peligro.

Un segundo momento en el siglo XX serían los regímenes militares, y aun ahí señalaría una

serie de subdivisiones, porque dentro de estos se dan enormes diferencias, como por ejemplo entre el régimen del general Maximiliano Hernández Martínez y el régimen del coronel Óscar Osorio. Dentro de esos casi 50 años de gobiernos militares ocurrieron procesos bastante interesantes, ambiguos pero interesantes. Por un lado, se constitucionaliza la autonomía de la UES, universidad pública por excelencia; por otro, se reconocen los derechos civiles y políticos de la mujer. Aparte, se dan procesos de modernización que avalan la sindicalización, en los cuales el Estado subvenciona a los agricultores a través de créditos, construcción de viviendas populares, etc. A la par de esto encontramos una enorme represión política y social, un cierre de los mecanismos de diálogo, una persecución al pluralismo político, asesinatos, exilios, cierres de periódicos, intervención en la Universidad, etc. Ya hay importantes estudios sobre el autoritarismo y la modernidad en estos años, como ha denominado a su obra Roberto Turcios. Sin embargo, queda como agenda pendiente analizar de manera particular el rol que desempeñaron los sindicatos, los partidos políticos, las asociaciones civiles, las Iglesias...

Otro momento interesante en el siglo XX sería el de los años cincuenta y sesenta, cuya perspectiva es más regional que nacional. Se trataría, una vez más, de nuevos intentos por buscar la unidad centroamericana a través, entre otros aspectos, del Mercado Común Centroamericano. La injerencia de Estados Unidos, el contexto mundial de la Guerra Fría, los proyectos frustrados de reforma agraria, el fracaso del Mercado Común por la guerra con Honduras, la conflictividad social y la represión militar... marcarían estos años. Los antecedentes inmediatos de la guerra y la guerra misma son sin duda otro momento importante y aleccionador del siglo XX. El acuerdo de Chapultepec, así como el proceso de pacificación y democratización del país, vendría siendo otra etapa. Pero, como comen-

Si bien es cierto que el pasado nos afecta y condiciona, también es cierto que en cada época y etapa que vivimos hay experiencias nuevas. No hay entonces determinismos lineales.

taba, estos momentos necesitarían de una discusión y revisión. Quizás categorías como las de “larga y corta duración” nos sean muy útiles para afrontar metodológicamente estas temporalidades. Además, es el investigador el que decidirá qué período va a estudiar y cómo va a justificar o racionalizar ese período. Esto es parte del rico juego de inventar y de crear que permite el saber histórico. No se trata de inventar en el sentido de fantasear o recrear falseando los datos, sino de discutir, jugar con hipótesis y probabilidades, de problematizar los hechos del pasado.

En términos de tiempo (años, décadas, etc.), ¿cómo se rige la historia de El Salvador? ¿Tiene su propio tiempo?

Esas temporalidades no son necesariamente de calendario. Por ejemplo, en términos de análisis en El Salvador, el siglo XIX no comenzó necesariamente el 1 de enero de 1801 ni finalizó el 31 de diciembre de 1900; más bien, en términos analíticos y no de calendario, el siglo XIX sería interpretado como una temporalidad que responde a ciertos acontecimientos que se constituyeron en puntos de inflexión. Para algunas interpretaciones, los procesos de independencia marcarían el inicio del siglo; para otras, en cambio, desde las reformas borbónicas de finales del siglo XVIII, porque ahí se pusieron los cimientos del proceso de modernización de lo que será este país y de América Latina en general. Ciertas semillas del reformismo borbónico, perdón por la metáfora muy metafísica y biologicista, podrán ver sus frutos a finales del XIX con las llamadas “reformas liberales”. Como se ve, entonces, el siglo XIX es analizado, desde la anterior perspectiva, a partir de una forma creativa de interpretar el pasado.

El factor cronológico es importante obviamente, pero no es el único porque los procesos, muchas veces, no sintonizan con los años calendario; a veces ciertos procesos políticos,

sociales y/o económicos llegan a momentos muy tenues, en donde no sabemos si en realidad están desapareciendo, si están llegando a una matización o recomposición, o se está gestando un nuevo proceso. Se trata de momentos muy claros oscuros. Entonces, establecer recortes periódicos resulta bastante peligroso y complejo; por eso el recorte temporal debe ser muy cuidadoso y atender a muchas variables.

¿Cómo marcan el presente salvadoreño los procesos más significativos del recién finalizado siglo XX?

El presente que vivimos fue posibilitado, con todos sus desaciertos y aciertos, por un contrato por el que las dos fuerzas beligerantes durante la guerra civil acordaron finalizar la guerra. Ni nos hallamos determinados exclusivamente por el pasado a tal punto que el único factor que atiende el país se reduce a las demandas de los lisiados de guerra; ni tampoco

El Salvador no solo experimenta el fenómeno de la migración humana, sino que experimenta continuamente el fenómeno de la migración de su memoria. No queremos enfrentarnos con ella.

estamos atrapados por el presente de modo que la problemática nacional se enfila nada más a resolver los altos precios del petróleo. Si bien es cierto que el pasado nos afecta y condiciona, también es cierto que en cada época y etapa que vivimos hay experiencias nuevas. No hay entonces determinismos lineales. Si nos preguntamos por qué ocurrió la guerra civil, en tanto es un pasado reciente que nos sigue afectando, las causas resultan ser variadas. La historia oficial decía, y a veces lo vuelve a señalar como si no quisiese aprender del pasado, que la guerra civil ocurrió por la injerencia del imperialismo soviético en la década de los sesenta, setenta. Pero una historia más académica nos advierte que las causas eran de carácter estructural y que en gran parte se vinieron gestando a lo largo de los 50 años de regímenes militares, de un estilo y modelo económico que ya estaba desgastado, de un cierre de puertas a la sociedad civil para poder dialogar, para poder expresar su pluralidad ideológica y política. Mucho de lo que vivimos ahora ha sido mediatizado por esas variables del pasado.

El pasado incide en nosotros, pero como es un período añejo, fácilmente perdemos de vista la perspectiva histórica, porque a veces es muy difícil pensar sobre los tiempos lejanos. Tendemos a ser muy presentistas, siempre a vivir el momento; pero al tomar esta actitud, muchas veces rompemos el cordón umbilical. Es ahí donde perdemos de vista cuáles son aquellos factores y variables del pasado que nos siguen posibilitando o imposibilitando nuestra experiencia vital, nuestra forma de vida. En este país, una forma muy concreta de verlo es a través de nuestra memoria histórica. A ella la hemos venido desterrando continuamente; esto lo podemos observar, por ejemplo, en la pobre cultura de prevención de desastres que se ha cimentado. Somos un país altamente sísmico, con vulnerabilidad ante las fuerzas naturales. Y hemos perdido de vista que tales fenómenos naturales nos han venido acompañando desde hace siglos.

La geohistoria nos enseña cómo los que nos precedieron aprendieron a convivir con las distintas fuerzas que los condicionaron: fenómenos naturales, fuerzas sociales, etc. Nosotros hemos olvidado que, desde el siglo XVI, es decir, desde cuando se lleva un registro, ocurren experiencias telúricas cada 15 ó 20 años aproximadamente. Aun así, la cultura de prevención es mínima. ¿Qué nos indica eso? Que poco hemos aprendido de nuestro pasado, y de esa forma seguiremos conviviendo con la naturaleza de una manera todavía rudimentaria, como lo hicieron nuestros antepasados; pero ellos lo hicieron de esta forma porque no tenían medios tecnológicos, comunicativos ni jurídicos para reglamentar, por ejemplo, dónde construir o cómo hacerlo de forma más segura. Hoy tenemos esos medios y no hacemos uso de ellos; seguimos enfrentándonos a esas fuerzas naturales muy rudimentariamente. Esa es otra forma de ver cómo el pasado puede incidir de una manera trágica en el presente; es una forma de no querer entender que en este país se hace necesario un reordenamiento territorial, aplicar una normativa para evitar la construcción en sitios que son muy vulnerables, tanto por movimientos telúricos como por inundaciones.

Este país no solo exporta salvadoreños, sino también exporta continuamente su memoria; no solo experimenta el fenómeno de la migración humana, sino que experimenta continuamente el fenómeno de la migración de su memoria. No queremos enfrentarnos con ella. A algunos les provoca pánico, porque de alguna forma significa una deslegitimación de las instituciones que resguardan sus privilegios; para otros, puede poner en peligro sus intereses económicos; y para muchos desafía un modo de vivir centrado en un coyunturalismo y un presentismo. Pero sea el caso que fuere, vivimos continuamente con ese destierro de nuestro pasado; en nuestra experiencia vital colectiva debemos de reconciliarnos con el pasado. El salvadoreño no ha encontrado esa reconciliación todavía.

¿Qué se podría hacer o proponer para que la memoria histórica no migre?

Acabo de decir que no nos habíamos reconciliado con nuestra memoria histórica; esto significa que constantemente estamos deportando facetas de ella. No creo que quedemos desnudos de memoria histórica, pero continuamente estamos deportándola. No hemos llegado a esa reconciliación y eso implica que nosotros nos podemos quedar desnudos de historicidad. Ahí estaría una de las agendas importantes del historiador, una de las necesidades que ciertos sectores estarían demandando al quehacer histórico. No me atrevería a decir que el historiador es el garante del pasado, como el filósofo alemán Martin Heidegger decía que el hombre es el "pastor del ser", porque estaría reduciendo el pasado a la exclusividad del historiador. De ser así, el historiador se convertiría en una especie de morada o pastor del pasado.

Pensamos que vivimos en un país homogéneo, pero no es así. En ese sentido, al historiador le compete, y la sociedad lo demanda, una nueva forma de hacer historia, de analizarla y de acercarse a esta memoria no solo para protegerla, sobre todo a partir de la oralidad y de los documentos, sino también para hablar de ella y dar cuenta de ella. El pasado no es un

patrimonio del historiador. El historiador no es el pastor del pasado en el sentido de que el pasado no es patrimonio del historiador; el pasado es patrimonio de todos y cada uno de nosotros. Lo que le compete al historiador es interpretar ese pasado, enfrentarse con las fuentes de él, y dar cuenta de las múltiples voces, los múltiples protagonistas y de los múltiples procesos.

Por último, ¿qué perspectivas vislumbra para la investigación histórica en El Salvador?

Si ha habido formas distintas de hacer historia en este país es porque este saber ha venido configurándose a sí mismo, buscando las mejores herramientas para aproximarse al pasado. El problema es que en esa búsqueda las proclividades a legitimar situaciones de poder y exclusión han sido frecuentes. De cualquier forma, el reto para la investigación se presenta hoy muy desafiante. Ninguna investigación realizada hasta el momento, lejos de lo que pudiera pensarse, ha agotado la lectura de nuestro pasado. Historiadores como Rodolfo Barón Castro hicieron avances muy interesantes en los años cuarenta, cincuenta. Sus estudios sobre la población de El Salvador, por muy superados que puedan parecer ahora sus métodos de análisis, marcaron un

gran avance en su momento. Sin embargo, no está dicha la última palabra. Nos queda ahora dialogar con su propuesta y profundizarla. Las fuentes parroquiales o de archivos eclesiásticos, como las visitas pastorales efectuadas por los obispos y arzobispos desde el siglo XVI, que no fueron consultadas por Barón Castro se convierten en documentación privilegiada para entender los ritmos de crecimiento y disminución poblacional, enfermedades, actividades laborales, composiciones étnicas y familiares, migraciones...

La carrera de Historia de la UES deberá constituirse en una especie de recinto de renovación del saber e investigación histórica. La publicación de artículos, tesis, libros, la discusión de avances de investigación, la recuperación y organización de archivos locales y bibliotecas públicas o privadas deberán ser algunos de sus objetivos, así como de todos aquellos que se dedican a esta disciplina y que no son parte de la UES. Se deberá mostrar el cambio de enfoque y de metodologías con respecto a cómo se hacía anteriormente. Allí está entonces el reto, pero también allí estaría la toma de conciencia de la modestia intelectual del investigador con respecto al pasado. Éste, como decía Marc Bloch, no siempre se dejará ver, será un tirano, pues en ocasiones nos mostrará lo que él quiera.